

MARIA
LLOPIS

Treinta años follando

Prólogo:
RUT MUÑOZ

EPÍLOGO
ROSARIO HERNANDEZ



35
Benji
(Primera parte)

BENJI LLEGÓ UN DÍA DEL AÑO 1999 al piso de la calle Sueca, en Valencia, con un amigo de un amigo. Era suizo, altísimo y rubio. Tenía veintipocos años y era exheroinómano. Había tenido ya tres sobredosis. De hecho, había batido el récord como la persona más joven (trece años) ingresada por sobredosis en Suiza.

Quedamos en que me daría clases de conversación en alemán porque yo quería practicar lo que había aprendido en Frankfurt. Además me encantaba el acento alemán de Suiza, es muy cantarín. Quedamos una noche en su casa para ver una película (la de *Algo pasa con Mery*) y estuvimos toda la noche follando. No es una forma de hablar; Benji se quitaba un condón y se ponía otro a continuación, sin esperar. Jamás he visto nada igual.

Cada tarde llegaba al piso sonriente, con su pack de cervecitas, y al lío. Yo cada vez estaba más hecha polvo, porque dormir, no dormíamos. Benji por el día recuperaba, pero yo me estaba sacando el CAP –el curso de aptitud pedagógica– y por el día tenía que ir a la uni. Mi abuela se había empeñado en que tenía que ser profesora y yo le seguía el rollo. Daba las clases de prácticas con chupetones en el cuello y las ojeras por los suelos. Imaginad a mis alumnos. Recuerdo una noche a mi amiga Águeda implorándole a Benji: «Anda, déjala dormir un poco, que no se tiene en pie».

Pero lo realmente extraordinario de Benji –y la razón por la que tiene una mención de honor en este despropósito que es



#benji_

Treinta años follando— es que con Benji tuve mi primer orgasmo. Recuerdo ver el techo de mi habitación rosa, yo abajo y él encima de mí con ese ritmo suave, pausado, constante y dulce.

Así supe que lo que yo creía hasta el momento que era un orgasmo, pues no lo era.

Benji (Segunda parte)

UNAS NAVIDADES ME FUI A VER A BENJI a una cabaña de madera que tenía su adinerada familia en Bergün, Suiza, donde se estaba quedando una temporada para recuperarse de un accidente de moto. Tenía las dos manos escayoladas lo cual dificultaba su destreza con el sexo.

Un día me pidió que me casara con él, pero se negó a llevarme a la comida familiar navideña en Winterthur, por mi piercing y mis pelos, y yo me preguntaba cómo diantres quería que nos casáramos con ese plan. Así que me quedé sola en la cabaña en medio de la nieve, en las que recuerdo como una

de las mejores navidades de mi vida: la nieve, aislada, sola, el silencio, la sensación de quietud, el blanco luminoso.

Volví a verle en Canadá muchos años después. Yo había ido a hacer una performance postporno en un festival de Montreal y estaba malísima, con fiebre y mucha tos, porque me había estado metiendo de todo en Barcelona y el cuerpo ya no me aguantaba. Cuando acabamos el festival, mi amiga Shu Lea Cheang me propuso irnos a Nueva York para seguir de performances, pero preferí irme a descansar a casa de Benji, que vivía en un pueblecito a unas tres horas de tren de Montreal, porque en el estado febril en el que estaba yo no me veía en Nueva York de fiesta.

Aunque Benji era suizo había nacido en Canadá y tenía pasaporte canadiense. Cuando Swiss Air quebró por la crisis del 11 de septiembre, Benji, que estaba trabajando de barman en la sala vip del aeropuerto de Zúrich, se mudó a Toronto. Allí se estuvo metiendo jaco mezclado con coca durante un tiempo, pero cuando yo fui a verle estaba ya limpio y en Alcohólicos Anónimos. Ayudaba a otras personas a no meterse: le llamaban por teléfono cuando tenían crisis y yo le escuchaba hablarles con la ternura infinita de quien entiende por lo que está pasando la otra persona.

Benji se había comprado una casa en el bosque, tenía un perro, una autocaravana y una moto. Él se iba a trabajar por las mañanas y yo me quedaba en la casa, en medio de la nieve, viendo pelis y comiendo galletas Reeses de mantequilla de cacahuete.

Me encantó sentarme sobre sus rodillas una última vez, hundirme en su pecho y sentirme en casa en su regazo de paz.

Unos días antes de su muerte soñé con él, bellissimo, con el pelo largo y rubio, como un ángel. Se lo escribí en su muro de Facebook, pero nunca me respondió porque ya no estaba en este lado.

Benji murió de una sobredosis mientras yo escribía este libro.